

# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 15 DE MAYO DE 1920

Nº 19

## Cómo poner a prueba la excelencia de un hombre

ALGUNAS personas son mejores que otras. No todos los hombres son iguales, algunos son más finos, mejor educados y más nobles que otros.

El mundo siempre ha creído en esto. Y aquello que la humanidad ha creído durante miles de años, y continúa aún creyendo, generación tras generación, debe encerrar algo de verdad. Las mentiras puras no viven largo tiempo; hay que salarlas con verdad para que se conserven.

Siempre hemos tenido nuestras aristocracias. La casta está firmemente arraigada en el pensamiento humano. La superioridad de los pocos es un instinto que no puede erradicarse. Jesús mismo dijo, «Estrecha es la puerta y angosto el camino... y pocos serán los que lo encuentren».

Los judíos tenían sus Levitas, los japoneses sus Samurái, los romanos sus Patricios, los egipcios su Jerarquía, la Europa feudal sus Lores y Duques, los ingleses su nobleza, los alemanes sus Junkers, la India sus Castas restringidas, todas las naciones sus familias reales y sus personajes de sangre azul, y toda tribu salvaje sus jefes.

Naturalmente, muchas de estas personas no eran espléndidas en realidad, eran grandes en nombre y en posición únicamente; de hecho, eran más comunes que el lodo. Individuos de carácter tosco y bestial han llevado a menudo el armiño y ocupado tronos.

Pero, puesto que hay tanto humo, debe haber algún fuego. No podría haber tantas apariencias si no hubiera ni una brizna de realidad. La falsificación no puede continuar perpetuamente a menos de que haya buena moneda que falsificar.

Hay, pues, diferencia en las personas, lo mismo que la hay en el ganado. Algunas son finas y otras ordinarias.

En la selva humana, algunos árboles sobresalen de todos los demás. En el arte, algunos son maestros, otros imitadores. En los negocios, unos dirigen, otros siguen. En toda guerra unos cuantos se hacen prominentes. En la sociedad hay siempre un grupo selecto. En las aldeas hay ciudadanos

vulgar; o un pintor o escultor de fama mundial a la vez que un patán; o una actriz de renombre a la vez que una vulgar meretriz; o un senador, o un gobernador, o un rey, o un nabab cuyo carácter, sin embargo, no difiere del de un haragán ordinario.

Tampoco depende de lo que Ud. dice o hace, pues hay quienes hablan y escriben como ángeles y hacen obras maravillosas y, sin embargo, son enteramente vulgares.

¿En qué está pues el quid de la cuestión? El que sea Ud. o no superior depende solamente de una cosa; y puede ponerse a prueba mediante una sola pregunta: ¿Qué le gusta a Ud.?

El que una persona sea superior a otra es enteramente una cuestión de gustos. Si le gustan a Ud. ciertas cosas, como A, B y C, es Ud. uno de los elegidos; si le gustan a Ud. ciertas otras cosas como X, Y y Z, es Ud. vulgar.

Es muy común que consideremos nuestros gustos y nuestras aversiones como cosas sobre las que no tenemos ningún poder. Suponemos que son como el color de nuestro cabello. Si esa es la opinión de Ud., si Ud. considera sus gustos como inalterables, resígnese Ud. a permanecer vulgar, a vol-

ver a su perrera, y a pasarse la vida lo más cómodamente posible. La superioridad no es para Ud.

Pero si tiene Ud. la ambición insaciable, la fuerza innegable que hace que un hombre se distinga entre ciento, entonces escúcheme Ud., yo le mostraré la senda.

Hela aquí:

- 1—Debe Ud. convencerse de la necesidad de cambiar sus gustos,
- 2—Debe Ud. querer cambiarlos y
- 3—Debe Ud. procurar cambiarlos de manera inteligente y con voluntad resuelta.



Dr. FRANK CRANE

distinguidos; en los clubs, logias, iglesias, grupos, círculos de conocidos, talleres y oficinas, hay gente superior, gente distinguida que sobresale de la masa.

¿En qué consiste, pues, la verdadera superioridad?

No consiste en la posición que Ud. ocupa, ni en el dinero que Ud. tiene, ni en los trajes que lleva, ni en ninguna cosa semejante. Esto es tan obvio que no admite discusión.

Tampoco consiste en su genio ni en su talento. Una persona puede ser un famoso cantante a la vez que un pícaro